Palabras del Excelentísimo Señor D. Salustiano del Campo Urbano

Todas las etapas terminan y también todas las vidas. Quiero con esto indicar que la pérdida de Íñigo Cavero no supone simplemente que ya no tenemos con nosotros a un académico sabio y afectuoso, un verdadero señor asequible a todos, que había destacado en la Ciencia Política y en la actividad política; que aunó en su persona la teoría y la praxis. Esa conjunción es precisamente la característica principal de nuestra Academia, donde se encuentran pensamiento y acción, donde conviven los mayores especialistas y estudiosos del saber político, social y económico y sus más notables ejercientes.

La significación de Íñigo Cavero abarca todas las cualidades necesarias para destacar tanto en el terreno del saber como en el de la acción, pero va mucho más lejos porque se inserta en un destacado grupo de contemporáneos, que no sé si se agrupan en una generación o en dos, o atraviesan varias. Fue un miembro destacado del heterogéneo colectivo de españoles que protagonizaron la transición política desde un régimen autoritario a otro plenamente democrático, constituyendo una asociación plural que muy pocos, por no decir nadie, hubiera predicho una década o incluso un lustro antes. En nuestra Academia hemos tenido y tenemos otros ejemplares de esa misma especie, cada uno con sus propias características y vidas diferentes y separadas, después de haber coincidido en aquella singular ocasión.

Ciertamente nadie vive la vida de otro y por eso es tan infrecuente que personalidades de tan distintas procedencias se unieran a la muerte de Franco y

supieran llevar a cabo justamente lo que España necesitaba y cumplirlo en paz. Después siguieron distintos caminos y al cabo nos hallamos en un tiempo en el que aquellos héroes civiles comienzan a desvanecerse en el recuerdo histórico. Muchos hace bastante que dejaron la política y algunos hasta desmerecieron luego de la gran misión que realizaron. Muy pocos, tal vez únicamente Íñigo Cavero, se mantuvieron activos en la primera línea de la política, aunque no en la misma formación. Murió en la vanguardia y, lo que es aún más extraordinario, rodeado de la admiración y el afecto general por su carácter y por sus virtudes.

Aunque le conocí brevemente en su época de Ministro de Educación y Ciencia, le traté cuando se aproximó a la Academia en la que había de ser la última fase de su existencia terrenal. A la hora de escoger el tema de su discurso fue consciente de que por haber participado en tan excepcional experiencia como fue la transición a la democracia, y haberlo hecho en tan diferentes asociaciones, le correspondía dejar un testimonio fehaciente para servicio de los ciudadanos españoles que venían detrás. Hizo, como todos sabemos, un escrupuloso recuento de la clase política española y atinó a completarlo con prudentes y valiosas reflexiones. Por desgracia, su muerte ha interrumpido la ampliación que tenía proyectada de su estudio de la clase política, ya desde dentro de la Academia a la que tanto le agradaba pertenecer.

Carecía, como a todos nos consta, de presunción y reuniendo muchas prendas nunca quiso deslumbrar con ninguna. Aún tengo muy presente la larga sobremesa mantenida mano a mano para preparar mi contestación a su discurso. Por no tener demasiado conocimiento de sus épocas de niñez, adolescencia y juventud, así como de otras particularidades suyas, y por considerar que informarse le hace a uno comprender mejor los perfiles biográficos de los nuevos académicos, hablamos largo y tendido y pude entonces apreciar la variedad de componentes que adornaban su personalidad. En relación con la monarquía me describió la estrecha relación de su familia con varios titulares sucesivos de la Corona y algunos de los servicios prestados a ella por antepasados suyos, como el Barón de Carondelet que luchó en el siglo XVIII en uno de los asedios a Gibraltar o el Duque de Bailén, que pasó desde la Comandancia del Campo de Gibraltar a mandar el ejército que primero derrotó a los invasores franceses. De este modo llegó hasta las vicisitudes de su fidelidad al Conde de Barcelona y a su participación en el llamado «contubernio» de Munich. Todo esto engastado en una total lealtad y también con un ático sentido de las realidades de la vida. Así me recitó el refrán que aprendió en su medio, que no me resisto a transcribir:

«Reyes, cómicos y gatos,
todos ingratos»

Pero su vida estuvo repleta de trabajos distinguidos que no mencioné en mi discurso de contestación al suyo de ingreso. Me refiero concretamente a sus actividades en el ámbito económico y empresarial. Fue Secretario General de Barreiros Diesel, S.A., más tarde Chrysler España, S.A. Hasta 1996 fue Presidente de Robert Bosch Hispania y otras importantes sociedades industriales y destacó mucho en el sector inmobiliario, habiendo contribuido a la elaboración del Libro Blanco sobre la Vivienda en España.

Hay en la Academia compañeros nuestros que pueden contar más y mejor que quien les habla del Íñigo Cavero político y profesor. En política perteneció siempre al sector democristiano, aunque cambiara de formación más de una vez, pero dejó una huella de buen hacer en los ministerios que desempeñó. Como Ministro de Educación y Ciencia creó 1.200.000 puestos en EGB. Duplicó el número de Institutos de Enseñanza Media y participó en la negociación de los Acuerdos concordatarios de enero de 1979 con la Iglesia Católica en materia educativa y cultural. Como Ministro de Justicia logró la aprobación por unanimidad de la Ley de Libertad Religiosa y puso en funcionamiento el primer modelo de Consejo del Poder Judicial. Como Ministro de Justicia gestionó con éxito la recuperación del «Guernica» de Picasso, puso en marcha la construcción del Auditorio de Música de Madrid, consiguió la disponibilidad del Palacio de Villahermosa, hoy Museo Thyssen, y concretó un convenio con la Iglesia Católica sobre inventario y protección de bienes.

Ejerció la docencia como Profesor Titular en la Universidad Complutense y fue más tarde como Catedrático de Derecho Político de la Universidad San Pablo-CEU, siendo Vicerrector en su Junta de Gobierno y Vicepresidente de su Patronato, así como también de su prestigioso Instituto de Estudios Europeos. Desde que lo conocí me admiró que alguien con su carga de obligaciones y su importante puesto de Presidente del Consejo de Estado siguiese dando sus clases, incluso después de su merecida jubilación.

Todo lo dicho hasta aquí palidece, sin embargo, ante el regalo de su amistad generosa y atenta, que todos reconocían y disfrutaban. Era una persona siempre disponible para los amigos, por los que hacía lo que podía e intentaba lo que no podía, sin fallarles nunca. Resulta difícil esta tarde, ante su familia y la comunidad de Académicos de Ciencias Morales y Políticas, esforzarse por hablar de este aspecto suyo que estoy seguro que la mayor parte de nosotros conoce por propia experiencia. Sírvanme, por eso, para terminar unos hermosos versos del poeta norteamericano Longfellow, que no me resisto a citar porque están infundidos de la esperanza cristiana que en tan alto grado poseía Íñigo:

«¡No hay muerte! Lo que lo parece es transición;
Esta vida de aliento mortal
No es más que un suburbio de la vida en el cielo,
A cuyo pórtico le llamamos muerte».